

# RESEÑAS



**CANETTI, Elias: *Obras completas*, 5 vols., edic. de Juan José del Solar, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2002, 812 p. (vol. I), 2003, 1212 p. (vol. II), 2003, 860 p. (vol. III) y ss. (vol. IV y V).**

Desde mediados de los setenta y comienzos de los ochenta del pasado siglo XX, los lectores de habla hispana pudimos acceder a la mayor parte de las obras de Elías Canetti (1905-1994), gracias a la labor pionera del editor Mario Muchnik y del traductor Juan José del Solar, seguida luego por otras editoriales como Labor, Taurus, Pre-textos, Anaya, Alianza y Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. Pero el problema es que no estaban disponibles todas las obras publicadas por Canetti, y las que lo estaban se hallaban dispersas en muy distintas editoriales y con traducciones de muy desigual calidad. Además, Canetti siguió escribiendo hasta el último momento de su vida, y algunos de sus libros de apuntes aparecieron póstumamente. Por fin, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores ha emprendido la tarea de editar las *Obras completas* de Elías Canetti, a partir de la segunda edición alemana.

En 1995, un año después de la muerte de Canetti, la editorial alemana Hanser, de Múnich, publicó sus *Obras completas* (*Gesammelte Werke*) en nueve volúmenes. En esta primera edición se reunieron, en efecto, todos los textos publicados por el propio Canetti, o bien preparados o autorizados por él para su publicación. Quedaron fuera sus traducciones de Upton Sinclair —hechas por encargo—, su tesis de doctorado en química —titulada *Über die Darstellung des Tertiärbutyrcarbinols* y presentada en Viena, en 1929— y una gran cantidad de manuscritos inéditos —poemas, novelas, dramas, un libreto de ópera, escritos autobiográficos, diarios, cartas, etc.— que por expreso deseo del autor no podrán ser conocidos hasta 2024, treinta años después de su muerte, y que actualmente se encuentran en la Biblioteca Central de Zúrich, en un búnker situado a quince metros de profundidad, en donde ocupan una longitud de ocho metros.

Diez años después, con motivo del primer centenario del nacimiento de Canetti, la editorial Hanser publicó una nueva edición de las *Gesammelte Werke*, a la que añadió un décimo volumen con algunos textos dispersos, entrevistas, documentos y bibliografía. Y esta segunda edición alemana es la que ha servido de base para la edición española de las *Obras completas*, proyectada en cinco volúmenes por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, bajo la dirección de Juan José del Solar, que ya había traducido varias obras de Canetti, y al que el propio autor reconoció en vida como su traductor «oficial» o predilecto al español. Juan José del Solar se ha encargado de revisar todas las traducciones españolas precedentes, incluidas las suyas, y en algunos casos ha encargado nuevas traducciones, siempre supervisadas por él, a fin de unificar criterios y conservar las peculiaridades estilísticas de Canetti.

La previsión inicial era que los cinco volúmenes estuviesen editados en 2005, coincidiendo con la celebración del centenario, pero una grave enfermedad aquejó a Juan José del Solar y obligó a retrasar todo el proceso. Así que, de momento, sólo han aparecido los tres primeros volúmenes.

El primer volumen, publicado en 2002 y subtítulo *Masa y poder*, está dedicado casi por entero a las seiscientas páginas de esta obra, publicada originalmente en 1960 y a la que Canetti llamó la «obra de mi vida». Aunque ya había una traducción en Muchnik, realizada por el propio Juan José del Solar, la obra ha sido nuevamente traducida por él mismo para esta edición. El volumen incluye también, a modo de texto introductorio, la «Conversación de Elías Canetti con Theodor W. Adorno», un interesante diálogo radiofónico que tuvo lugar en 1962, a propósito de *Masa y poder*, y que se incluye aquí con traducción de Adan Kovacsics y Juan José del Solar. Además, el volumen se

inicia con una presentación general de las *Obras completas*, a cargo de los editores; una nota previa sobre la traducción de *Masa y poder* y un detallado «perfil» de la figura de Elias Canetti, a cargo de Juan José del Solar; una extensa cronología de la vida y obra de Canetti; y una selección de fragmentos del propio autor reunidos por los editores bajo el título «Sobre la génesis y escritura de *Masa y poder*». Por último, el volumen se cierra con un útil índice de nombres y conceptos.

El segundo volumen, publicado en 2003 con el subtítulo *Historia de una vida*, incluye los tres libros de la autobiografía de Canetti: *La lengua salvada. Historia de una juventud* (1977), en traducción de Genoveva Dieterich; *La antorcha al oído. Historia de una vida (1921-1931)* (1980), en traducción de Juan José del Solar; y *El juego de ojos. Historia de una vida (1931-1937)* (1985), en traducción de Andrés Sánchez Pascual. Los editores, con buen juicio, han reunido estas tres obras bajo el título común de *Historia de una vida*, porque ese fue el subtítulo dado por Canetti a los dos últimos volúmenes de su autobiografía. Esta edición incluye también una amplia presentación de Martín Bollacher, una selección de fragmentos del propio Canetti «Sobre la génesis y escritura de *Historia de una vida*» y un índice de nombres, obras y lugares.

En el tercer volumen, publicado en 2003 y subtítulo *La escuela del buen oír*, los editores han reunido tres obras dispares, las tres en traducción de Juan José del Solar: *Auto de fe* (1935), que fue la primera y única novela publicada por Canetti, y que desde el primer momento recibió los elogios de escritores como Thomas Mann, Herman Hesse, Herman Broch y Robert Musil; *Las voces de Marrakesch. Apuntes después de un viaje* (1968), que tienen su origen en un viaje realizado en 1953 a esa hermosa ciudad marroquí; y la colección de retratos imaginarios *El testigo oidor. Cincuenta caracteres* (1974), en donde Canetti describe de forma breve y caricaturesca cincuenta «caracteres»

o tipos humanos, de los que más de veinte dice haber reconocido en sí mismo. El volumen incluye un largo prólogo de José Manuel de Prada Samper y un par de apéndices con fragmentos de Canetti sobre su novela y su colección de caracteres.

Según el plan anunciado por los editores, el cuarto volumen se titulará *Apuntes* y reunirá los seis libros de «apuntes» hasta ahora conocidos. Los tres primeros aparecieron en vida de Canetti, como *La provincia del hombre. Apuntes 1942-1972* (1973), *El corazón secreto del reloj. Apuntes 1973-1985* (1987) y *El suplicio de las moscas. Apuntes* (1992), y los otros tres aparecieron póstumamente, aunque habían sido seleccionados y preparados por él, como *Hampstead. Apuntes rescatados 1954-1971* (1994), *Apuntes 1992-1993* (1996) y *Apuntes 1973-1984* (1999).

Finalmente, el quinto volumen, titulado *La conciencia de palabras*, recogerá el libro que, con este mismo título, publicó Canetti en 1976, y en el que reunió dieciséis ensayos, todos ellos escritos entre 1962 y 1976 —excepto el primero, escrito en 1936—, es decir, en el período que media entre *Masa y poder* (1960) y el primer volumen de su autobiografía (1977). Además, el volumen incluirá las tres obras teatrales, algunos textos dispersos —en su mayor parte, artículos y discursos, pero también otros documentos de interés, como la carta de adhesión al Free Austrian Movement, de 1941—, las pocas entrevistas que concedió y una amplia bibliografía.

Hemos de agradecer a la editorial Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores que haya emprendido la publicación en español de estas *Obras completas* de Canetti, y que lo haya hecho de una forma tan rigurosa y tan cuidada. Cuando estén editados los cinco volúmenes, los lectores de habla hispana contarán con un instrumento imprescindible para conocer la polifacética obra de uno de los escritores más lúcidos y originales del siglo XX.

Antonio Campillo

**CANETTI, Elias: *Fiesta bajo las bombas. Los años ingleses*, ed. de Kristian Wachinger, trad. de Genoveva Dieterich, epílogo de Jeremy Adler, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2005, 270 p.**

Con motivo del primer centenario del nacimiento de Elias Canetti (1905-1994), la editorial Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores no sólo está editando sus *Obras completas* en español, sino que también ha publicado *Elias Canetti. Imágenes de una vida*, preparado por Kristian Wachinger para la editorial austro-alemana Hanser y adaptado por Ignacio Echevarría para la edición española, y este otro libro que ahora reseñamos, *Fiesta bajo las bombas*, preparado también por Kristian Wachinger, y en el que se recogen una serie de apuntes inéditos de Canetti sobre «los años ingleses» de su longeva vida.

El libro incluye una breve nota de los editores alemanes, en la que se nos explica que el texto ha sido editado a la vista de cuatro manuscritos diferentes, escritos entre 1990 y 1994. El segundo es el más extenso e incluye casi todos los materiales del primero. En el tercero, Canetti marcó algunos fragmentos como «diarios», que por expreso deseo suyo —como las cartas, los poemas y otros muchos documentos inéditos— no podrán ser publicados hasta 2024, treinta años después de su muerte. El cuarto manuscrito es una copia a máquina de aproximadamente la mitad del segundo, y fue dictado por Canetti a su hija Johanna en 1994, poco antes de morir. Ha sido su hija y heredera Johanna la que ha autorizado la edición de estos materiales, al considerar que Canetti los estaba preparando para su publicación, como había hecho con sus tres últimos libros de «apuntes», también editados póstumamente.

Sin embargo, este libro no pertenece propiamente a la serie de los seis libros de «apuntes», en los que Canetti fue reuniendo reflexiones breves, aforísticas, independientes unas de otras y referidas a los más diversos temas. Su carácter fragmentario parece convertirlo en el séptimo volumen de «apuntes», pero tiene una unidad temática y una clara vocación rememorativa: pretende evocar los «años ingleses» de la vida Canetti. En este sentido, cabría considerarlo más bien como el esbozo de lo que podría haber sido el cuarto volumen de su

autobiografía, dado que el tercero concluye en 1937, con el relato de la muerte de su madre. Un año después, tras el Anschluss (la «anexión» de Austria por Alemania) y la Noche de los Cristales Rotos, Canetti abandona Viena con Veza, su primera mujer, y llegan a París en el mes de noviembre. En enero de 1939, se instalan en Londres. Allí viven durante los años de la guerra y la posguerra. Allí conoce Canetti a muy diversos personajes del mundo político e intelectual londinense. Allí escribe *Masa y poder* (1960). Y allí muere Veza en 1963. Sólo en 1971, tras la muerte de su querido hermano Georg y tras su segundo matrimonio con Hera, Canetti decide trasladar su residencia a Zúrich, la ciudad suiza en la que había estudiado durante su adolescencia. Así que el escritor residió en Londres, de forma continuada, nada menos que treinta y dos años.

A eso hay que añadir el año largo que vivió en Manchester, entre los seis y los siete años, época en la que aprendió a leer en inglés los grandes libros de la literatura universal, desde *Las mil y una noches* hasta *Robinson Crusoe*, en una colección juvenil que le compraba su venerado padre, Jacques Canetti, un hombre enamorado de Inglaterra. Pero el padre muere repentinamente de un infarto cerebral, y la joven viuda, Mathilde Arditti, que sólo tenía veintisiete años, decide trasladarse con sus tres hijos a Viena, y obliga al pequeño Elias a aprender alemán en tres meses. Desde entonces, el alemán se convierte en su segunda lengua materna —el español sefardí había sido la primera— y en su lengua de escritor. Incluso después de 1939, a pesar del monstruoso crimen que Alemania cometió con los judíos y a pesar de que él residió en Londres durante más de tres décadas, siguió escribiendo en alemán. Sin embargo, adoptó el inglés como su lengua de conversación. Y aunque en 1971 traslada su residencia a Zúrich, regresará a Londres de forma periódica. A partir de los años setenta, comienza a convertirse en un escritor famoso y reconocido, sobre todo tras publicar su autobiografía (1977, 1980 y 1985) y

recibir el Premio Nobel de Literatura (1981). Para ocultarse de los demás y recobrar la soledad que la escritura exige, pasa largas temporadas en Londres. Pero es en Zúrich donde muere, donde está enterrado y donde se conserva su legado literario.

No es de extrañar, pues, que en el último período de su vida, Canetti experimente la necesidad de evocar sus largos «años ingleses». Si los tres volúmenes de su autobiografía estuvieron dominados por la figura de la madre, hasta el punto de que concluyen con su muerte, este cuarto volumen estaría más bien inspirado por la figura del padre, que fue quien llevó a la familia a Inglaterra e inició al pequeño Elías en el inglés y en la lectura, como él mismo cuenta en las páginas 213-215. Sin embargo, la mayor parte de sus recuerdos se centran en la primera década de su estancia londinense, es decir, en los años de la Segunda Guerra Mundial y la inmediata posguerra. De ahí el título: *Party im Blitz*, acertadamente traducido por Genoveva Dieterich como *Fiesta bajo las bombas*, pues alude a los súbitos y reiterados bombardeos de la aviación alemana sobre la ciudad de Londres. Aunque, en algunas de sus anotaciones, Canetti se refiere también al presente más cercano, sobre todo para criticar a los «predicadores del egoísmo», es decir, al gobierno de Margaret Thatcher y a los viejos amigos ingleses que se habían convertido al neoliberalismo.

Pero tiene razón la traductora cuando nos recuerda, en su breve nota a la edición castellana, que *Fiesta bajo las bombas* reúne materiales con muy diverso grado de elaboración, pues unos son demasiado esquemáticos y otros son extremadamente desinhibidos, por no decir despiadados —como los que dedica a la escritora Iris Murdoch, que fue una de sus amantes durante algún tiempo. En ambos casos, parece que el autor no ha tenido ocasión de volver sobre ellos, sea para desarrollarlos o para pulirlos. En general, es una escritura poco cuidada, en la que no encontramos ni la breve concisión de los «apuntes», ni el estilo clásico y mesurado del relato autobiográfico. Se acerca más bien a la espontaneidad cruda y apresurada de esos «diarios» que Canetti prohibió publicar antes de 2024, y de los que habla en su ensayo «Diálogo con el interlocutor cruel». Por eso, tal vez podría

ponerse en duda la conveniencia de editar ahora estas anotaciones, como uno más de los libros preparados para la imprenta por el propio autor. Porque, ciertamente, no está a la altura del resto de los libros que conocemos de Canetti. Aunque podamos compararlo, como sugiere Dieterich, con los apuntes de viaje que reunió en *Las voces de Marrakesch*, o con los «cincuenta caracteres» de *El testigo oidor*, es obvio que *Fiesta bajo las bombas* no posee la intensidad poética del primero, ni el humor satírico del segundo.

En cualquier caso, el libro es ante todo una variada galería de personajes, en la que van desfilando algunos de los hombres y mujeres que Canetti conoció en sus primeros años londinenses: políticos, aristócratas, escritores, eruditos, filósofos, pintores, etc. Entre ellos se encuentran personajes célebres, como el filósofo Russell, el poeta Eliot o el pintor Kokoschka, pero también personajes anónimos, como el anciano barrendero de Chesham Bois, al que dedica uno de los apuntes más hermosos del libro. También aparecen algunas de las mujeres a las que Canetti amó, como su esposa Veza, su discípula Friedl Benedikt y la escritora Iris Murdoch. Y algunos de sus amigos más cercanos, como el erudito Franz Steiner, con quien compartía la pasión por los mitos, y el aristócrata Aymer Maxwell, que era a la vez su mecenas y su pupilo. Hay también algunas ausencias, ya que la memoria del viejo Canetti flaquea y su tiempo de vida es cada vez más escaso, así que decide centrar su atención solamente en los personajes que considera más representativos de aquellos años ingleses. Pero sus últimos recuerdos no sólo son muy selectivos sino también muy desinhibidos: en los retratos que hace de las personas evocadas, Canetti no vacila en expresar con toda claridad sus simpatías y antipatías más profundas. Es notable, por ejemplo, la crudeza con que retrata a Eliot o a Murdoch.

Mediante esa galería de retratos, Canetti pretende evocar también la vida de la clase culta londinense durante los años de la guerra y la posguerra, un ambiente y un periodo en el que aristócratas, políticos, intelectuales y artistas de renombre conversaban en *parties* más o menos selectos con esos curiosos parias que eran los exiliados fugitivos del

nazismo, en muchos casos carentes de medios y de fama, pero con una vida intensa y una gran cultura, como era el caso del propio Canetti. En sus evocaciones de aquellos años, destaca la descripción que hace de la institución inglesa del *party*, en la que se pone de manifiesto la moral social predominante en los círculos que él frecuentó: una moral caracterizada por el puritanismo, el clasismo y la pulcra educación.

El libro incluye una oportuna serie de notas críticas, un índice de nombres, unas cuantas fotos de las personas y lugares evocados, y un extenso epílogo de Jeremy Adler. Canetti fue muy amigo de Hans Günther Adler, padre de Jeremy, lo que permitió a este último conocer personalmente al escritor. En el epílogo de *Fiesta bajo las bombas*, Adler nos ofrece un retrato muy cercano de los años ingleses de Canetti y nos revela detalles poco

conocidos de él y de sus allegados. Al mismo tiempo, matiza los juicios críticos que Canetti formula en este libro sobre Inglaterra y sobre algunas de las personas que allí conoció.

En resumen, se trata de un esbozo de libro, que no está a la altura del resto de los libros publicados por Canetti, pero que no obstante merece ser leído como lo que es: una colección de apuntes y retratos sobre sus «años ingleses». *Fiesta bajo las bombas* es una serie inacabada y muy desigual de fragmentos, a partir de los cuales Canetti tal vez habría podido escribir el cuarto volumen de su magistral autobiografía, si su enemiga, la odiada muerte, no le hubiera interrumpido en su infatigable labor de recordar y celebrar todo lo vivido.

Antonio Campillo

**Wachinger, Kristian (ed.): *Elias Canetti. Imágenes de una vida*, adaptación española de Ignacio Echevarría, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2005, 175 p.**

Con motivo del primer centenario del nacimiento de Elias Canetti (1905-1994), la editorial Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores no sólo está editando sus *Obras completas* en español, sino que también ha publicado un libro de apuntes inédito, *Fiesta bajo las bombas*, y este otro libro que ahora reseñamos, *Elias Canetti. Imágenes de una vida*, preparado por Kristian Wachinger para la editorial austro-alemana Hanser, y adaptado por Ignacio Echevarría para la edición española.

Este libro es una excelente biografía gráfica de Elias Canetti, en la que se combinan imágenes y textos, muchos de ellos inéditos hasta ahora. En agosto de 2002, ocho años después de su muerte, terminó el primero de los plazos que Canetti impuso para acceder a su legado, así que una pequeña parte de éste, conservado en la Biblioteca Central de Zúrich, ya puede ser consultada por el público. Por las mismas fechas, salieron a la luz tres grandes archivos que se hallaban en manos privadas: la colección de fotografías y tarjetas postales que eran propiedad del autor y que ahora conserva su hija y heredera Johanna; el legado de

su hermano Georg, que no sólo incluye fotos familiares sino también cartas de Elias y de su primera mujer, Veza, dirigidas al menor de los tres hermanos Canetti, así como otros documentos de familia, todos ellos conservados en el fondo Jacques Canetti de París; y el archivo londinense de una gran amiga de Canetti, la pintora Marie-Louise Motesiczky, autora de varios retratos del escritor, y que también contiene fotografías y cartas.

Estos tres archivos son las fuentes principales del libro, pero también se han incluido materiales procedentes de otros archivos históricos, a fin de documentar algunos personajes, lugares y acontecimientos que fueron decisivos en la vida de Canetti, como las manifestaciones obreras de Frankfurt, en 1922, o el incendio del Palacio de Justicia de Viena de Viena, en 1927, dos experiencias de masa que le impulsaron a escribir *Masa y poder*.

En cuanto a los textos que acompañan a las imágenes, en su mayoría proceden de las obras del propio Canetti, pero también se incluyen fragmentos de entrevistas y de documentos inéditos

del autor, como cartas y apuntes, así como testimonios, artículos y libros de personas que lo conocieron. Al final de la obra, se incluye una relación completa de todas las fuentes consultadas. Todos estos nuevos materiales gráficos y textuales permiten conocer algunos aspectos de la figura y la vida de Canetti que hasta ahora ignorábamos, por lo que este libro es un excelente complemento de la autobiografía canettiana. Y no sólo porque revela algunos detalles que Canetti silenció en su relato, sino también porque se prolonga a lo largo de toda su vida, mientras que la autobiografía sólo cubre los treinta primeros años del escritor.

Dado que la vida de Canetti fue longeva e itinerante, dado que sobrevivió a casi todos los grandes acontecimientos del siglo XX y fue migrando a través de varias ciudades y países de Europa —además de realizar un viaje memorable a la ciudad marroquí de Marrakesch—, este libro es también un documento histórico singular, en el que se van recorriendo muchos de los lugares y episodios de los que Canetti fue testigo.

Lógicamente, la estructura del libro sigue una secuencia biográfica: los orígenes sefardíes en la

ciudad búlgara de Rustschuk, al sur del Danubio, los años de infancia, la primera estancia en Inglaterra, la muerte del padre, el aprendizaje del alemán, la primera estancia en Viena, la primera guerra mundial, los años de Zúrich, los años de Frankfurt, la segunda estancia en Viena, el mundo artístico y literario de la ciudad, la relación con Veza, los primeros pasos como escritor, la muerte de la madre, la llegada de los nazis, el exilio en Inglaterra, las nuevas amistades, la escritura de *Masa y poder*, la muerte de Veza, la aparición de Hera, la muerte de Georg, los últimos años de éxito y de retiro entre Londres y Zúrich.

Finalmente, a través de las numerosas imágenes que este libro nos ofrece de Elías Canetti, desde su más temprana infancia hasta sus últimos años de vida, podemos ir siguiendo la formación y la transformación de un rostro, de unos gestos, de una forma de mirar, de un carácter hecho figura, de un escritor que se ha ido modelando a sí mismo físicamente, a través de sus muchas e intensas metamorfosis anímicas.

Antonio Campillo

**HANUSCHEK, Sven: *Elías Canetti*, Hanser, Múnich-Viena, 2005 (trad. española prevista en Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2006).**

Cumplido el plazo mínimo de diez años tras la muerte de Elías Canetti (1905-1994) —tal y como él mismo había pedido en su testamento— y coincidiendo con el primer centenario de su nacimiento, la editorial austro-germana Hanser ha publicado la primera biografía autorizada del escritor, en la que ha venido trabajando durante los últimos años Sven Hanuschek.

La biografía realizada por Sven Hanuschek intenta captar un Canetti «en vivo». Narra la vida de un hombre repleto de pasión y energía, y muestra cómo en el transcurso de su larga e intensa vida se van entrelazando su talento como escritor y pensador y sus muchas relaciones sociales.

En cuanto a las diferentes etapas de su vida, obviamente Hanuschek narra los acontecimientos

ya conocidos —muchos de ellos, a través de la autobiografía del propio Canetti—, aunque integrándolos reflexivamente dentro de los grandes movimientos de la época, y no limitándose solamente a señalar la pertenencia de su obra y su figura a la gran literatura del siglo XX. De este modo, la historia de Canetti es observada, entre otros aspectos, bajo el prisma del destino de la condición judía, entendida como una condición de exilio. Canetti es presentado como un caso ejemplar de este destino, al describir el periplo que le lleva desde el pequeño Rustschuk hasta las ciudades de Viena, Berlín, Londres y Zúrich. Pero, más allá de la descripción de la primera fase de su vida, que puede seguirse en *Historia de una vida*, Hanuschek desvela un Canetti redefinido a la luz de su contacto con amistades y conocidos, que son

descritos en esta obra a través de unos extraordinarios retratos.

Además, Hanuschek ha sido autorizado a consultar y citar una serie de materiales hasta ahora inéditos, tanto de Canetti como de sus interlocutores, tarea a la que el biógrafo se ha entregado durante buena parte de los diez años que separan su relato de la muerte del autor de *Masa y poder*. Todo ello convierte a esta biografía en una referencia imprescindible para quienes deseen conocer y estudiar a Elias Canetti.

Entre las novedades de la obra, destacan especialmente el intercambio epistolar con Claudio Magris y todo lo relativo al famoso encuentro de Canetti con Adorno. Entre estos materiales, es muy reveladora la carta a Magris del 29 de septiembre de 1974, en la que Canetti cuenta cómo quedó impresionado, tras el encuentro con Adorno, no tanto por el hecho de que éste no se interesase por el estudio de los mitos y las religiones —algo

ya previsible—, sino por haber constatado que en su lectura de *Masa y poder* había descuidado por completo la parte sobre la metamorfosis, por considerarla «irrelevante». Gracias al trabajo de Hanuschek, conocemos también la reacción favorable de Adorno a la representación de *Comedia de la vanidad* (Braunschweig, 1965) y el efecto positivo que tuvo la conversación radiofónica entre los dos, en cuanto a la difusión de *Masa y poder* en Alemania, aunque esto no sirviera para reconciliar a Canetti ni con Adorno ni con sus escritos.

El libro de Hanuschek es un intenso y documentado trabajo, que nos permite entrever algunas de las muchas «máscaras» de Canetti. En otras palabras, es una excelente guía para adentrarse en la rica y apasionante complejidad del mundo canettiano.

Pedro Medina

**ISHAGHPOUR, Youssef: *Elias Canetti. Métamorphose et identité, La Différence, Paris, 1990, 187 p. Traducción italiana: Elias Canetti. Metamorfosi e identità, trad. de Susi Pietri, postfacio de Andrea Borsari, Bollati Boringhieri, Turín, 2005.***

Entre las pocas monografías individuales que hasta ahora se han publicado sobre Elias Canetti, destaca sin lugar a dudas la de Youssef Ishaghpour. Y esto por un doble motivo: en primer lugar, porque no se ocupa solo de un libro o de una faceta particular de la producción intelectual de Canetti —como la temprana monografía de David Roberts (*Kopf und Welt. Elias Canetti Roman «Die Blendung»*, Hanser, Múnich, 1975), centrada en la novela *Auto de fe*, o la más reciente de David Scott (*Metaphor and Thought in Elias Canetti's «Masse und Macht»*, Lang, Berna, 1999), centrada en *Masa y poder*—, sino que pretende analizar «como un todo» la polifacética obra de Canetti —como el propio Canetti reconoce en la primera de las cartas a Ishaghpour editadas en este número de *Daimon*—, haciéndose cargo de la gran diversidad de sus escritos (una novela, tres obras teatro, un gran estudio antropológico, varios ensayos críticos, un relato de viaje, una autobiografía, una

serie de apuntes, etc.); en segundo lugar, porque trata de leer como «filósofo» —según se dice en la ya citada carta— todos esos escritos, poniendo de manifiesto las afinidades de fondo entre la noción canettiana de «metamorfosis» y la llamada filosofía de la «diferencia». Youssef Ishaghpour ha sido el primero en afrontar este doble reto: abordar la obra canettiana como un todo y proponer una interpretación filosófica de la misma. Su libro tiene, además, un interés suplementario: dos años antes de su muerte, Canetti tuvo ocasión de leerlo y se mostró muy complacido con su interpretación, hasta el punto de considerarlo como una referencia obligada, según le confiesa en la segunda de las cartas a las que acabo de referirme.

Youssef Ishaghpour nació en Teherán (Irán) en 1940, en el seno de una familia judía, pero desde 1958 vive en París. En esta ciudad, cursó estudios de cine (en la École Louis Lumière y en el Institut des Hautes Études Cinématographiques) y de

filosofía (bajo la dirección de Lucien Goldmann). Actualmente, enseña Historia del Arte y del Cine en la Universidad Paris V. Ha publicado numerosos libros: sobre clásicos del cine (Welles, Godard, Visconti, Ozu, Kiarostami, Ray, etc.), sobre pintores de los siglos XIX y XX (Courbet, Manet, Poussin, Seurat, Morandi, Rauschenberg, Rothko, etc.), sobre filósofos contemporáneos (Heidegger, Lukács, Goldmann, Adorno, Benjamin, Sartre, etc.) y sobre escritores como Paul Nizan y Elias Canetti.

Invitado por el escritor Lionel Richard para que interviniese en una serie de retransmisiones radiofónicas sobre Canetti, que acababa de recibir el Nobel de Literatura en 1981, Ishaghpour conoce a Gerald Stieg, el germanista de la Universidad Paris III que era amigo de Elias Canetti. A partir de entonces, Stieg le anima a participar en una serie de publicaciones sobre el autor de *Masa y poder*. Así es como escribe los artículos «Pour saluer Canetti» (*Austriaca*, 2, 1983), «Canetti: métamorphose et identité» (*Passé Présent*, 4, 1984) y «Elias Canetti» (*Cahiers de la Différence*, 7-8, 1989), que aparecen también en publicaciones alemanas y que en 1990 acaba reuniendo y completando en el libro que ahora reseñamos.

Ya en 1983, tras la lectura del primer artículo de Ishaghpour, Canetti escribe al amigo común Stieg para manifestarle su satisfacción. A partir de entonces, se inicia una cómplice relación entre ambos. Canetti valora desde el primer momento la mirada «oriental» de Ishaghpour, su procedencia iraní —dado el interés de Canetti por la antigua cultura persa y por la rama chií del islamismo, analizada en *Masa y poder*—, su común esperanza ante el cambio de régimen en Irán y su posterior decepción ante el violento fanatismo de Jomeini y de las masas que le siguen. Por si todo esto no fuera suficiente, también les unirá el hecho de haber sufrido ataques de vértigo. Ishaghpour publica en 1990 su libro sobre Canetti, y este le escribe poco tiempo después para manifestarle su aprobación y agradecerle de nuevo su lectura «oriental», sobre todo en el capítulo que Ishaghpour dedica a *Las voces de Marrakesch*. En una segunda carta fechada en enero de 1992, Canetti vuelve a insistir en esta complicidad «oriental»

con Ishaghpour, que no hace sino aludir de forma velada a su común procedencia judía. En el viaje a Marrakesch de 1953, Canetti había visitado el barrio de la Mellah y se había reencontrado con sus orígenes judíos. Es el propio Ishaghpour el que sugiere que Canetti utiliza el término «oriental» como una manera púdica de referirse al término «judío» sin mencionarlo, dada la ambivalencia de sus sentimientos hacia la tradición hebrea de sus antepasados y hacia la política antipalestina del Estado de Israel.

Pero, más allá de esta complicidad «oriental», lo más relevante del libro de Ishaghpour es la interpretación filosófica que nos ofrece del conjunto de la obra de Canetti y el recorrido detallado que lleva a cabo por cada uno de sus escritos. De hecho, el libro se compone de una larga «presentación» (que incluye tres textos diferentes: Itinerario, Perfil y Metamorfosis e identidad, este último traducido en el presente número de *Daimon*) y una serie de seis capítulos dedicados a «las obras» (la novela *Auto de fe*, las tres obras de teatro y los «cincuenta caracteres» de *El testigo oidor*, el estudio *Masa y poder*, el relato de viaje *Las voces de Marrakesch*, los tres volúmenes de la autobiografía y, por último, la colección de ensayos *La conciencia de las palabras* y la serie de «apuntes» que se inicia con *La provincia del hombre y El corazón secreto del reloj*).

En cuanto a la interpretación filosófica de esta obra polifacética, Ishaghpour nos recuerda que Canetti comienza a gestar su obra en el horizonte histórico e intelectual que se abre en la época de entreguerras, y que es un horizonte de crisis civilizatoria: crisis del sujeto, de la identidad, de la representación, de la cultura, de la política, de la historia, en fin, de todos los grandes presupuestos de la modernidad europea. Canetti escribe sus primeras obras en una situación caótica y sombría, que él mismo experimenta como «fin del mundo». Aunque, poco a poco, abandonará el tono apocalíptico de Karl Kraus y adoptará la mirada compasiva del Dr. Sonne. Frente a un mundo en ruinas —simbolizado por Auschwitz y la Bomba—, el Canetti maduro no se contentará con identificar y denunciar el origen de nuestros males —el poder y la muerte, con los que el «superviviente» amenaza

hoy a la humanidad entera y al resto de los seres vivos—, sino que dedicará todos sus esfuerzos a defender la aspiración igualitaria de las masas, la santidad de todas y cada una de las vidas singulares, y la necesidad de preservarlas mediante la memoria, la palabra y la metamorfosis.

Ahora bien, para llevar a cabo esta tarea, Canetti considera necesario evitar la tentación mortífera de construir un sistema especulativo que reduzca a unos pocos conceptos abstractos la rica e inagotable diversidad de lo real. Es preciso ensayar una nueva forma de conocimiento que recupere el valor comprensivo de los mitos, las metáforas y las imágenes, que reconozca la especificidad irreductible de los diversos seres y sucesos del mundo, y que no caiga bajo el poder aniquilador del Sujeto, la Identidad y la Representación. De este modo, Ishaghpour sitúa a Canetti en el campo de los pensadores que, desde Nietzsche y Heidegger hasta Deleuze y Derrida, han llevado a cabo una crítica de la metafísica occidental por su reducción de lo Múltiple a lo Uno, y han tratado de elaborar frente a ella una nueva «filosofía de la diferencia».

He aquí, de forma inevitablemente esquemática, la propuesta interpretativa de Ishaghpour: para Canetti, el deseo obsesivo de ser Uno es el

principio paranoico del poder, la fuerza mortífera y devastadora que mueve al «superviviente», la principal amenaza que pesa sobre la Tierra y sobre todos los que habitamos en ella. Por eso, no es posible salvaguardar la santidad de la vida si no reafirmamos el valor de lo múltiple, de lo diverso, de lo singular, y si no lo celebramos mediante la memoria, la palabra y la metamorfosis. En eso consiste la misión ética y política de un escritor como Canetti, que es a la vez pensador y poeta: mediante la «conciencia de las palabras», debe convertirse en el «custodio de la metamorfosis».

El libro de Ishaghpour acaba de ser editado en Italia, con traducción y notas de Susi Pietri, y con un epílogo en el que Andrea Borsari, colaborador de este número de *Daimon*, explica las relaciones entre Ishaghpour y Canetti. La edición italiana mejora a la francesa, pues incluye las referencias bibliográficas de todos los fragmentos de Canetti y todas las alusiones a sus obras que aparecen a lo largo del estudio de Ishaghpour. Esperemos que algún editor español se anime también a publicar en nuestro país esta importante monografía sobre la obra de Elías Canetti.

Antonio Campillo

**KLEINMAN, Raquel: *Elías Canetti. Luces y sombras*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, 287 p.**

Es sorprendente que más de diez años después de la muerte de Elías Canetti (1905-1994), y a pesar de haberse cumplido en 2005 el centenario de su nacimiento, todavía no se haya realizado en España ningún estudio monográfico, ni siquiera un volumen colectivo, sobre este escritor tan original, tan lúcido y tan polifacético, al que la Academia Sueca concedió en 1981 el Premio Nobel de Literatura. Y es igualmente sorprendente que las editoriales españolas tampoco se hayan preocupado de traducir, al menos, algunos de los importantes estudios —individuales y colectivos— publicados en otros países, como Austria, Alemania, Francia, Italia, Gran Bretaña y Estados Unidos.

Sin duda, es muy meritoria la labor realizada por la editorial Galaxia Gutenberg/Círculo de Lec-

tores, pues no sólo ha emprendido la edición de las *Obras completas*, sino que también ha publicado la biografía gráfica *Elías Canetti. Imágenes de una vida*, preparada por Kristian Wachinger, y está a punto de publicar la primera biografía autorizada, en la que ha venido trabajando Sven Hanuschek desde hace años, y que por expreso deseo de Canetti solo ha podido ver la luz en 2005, más de diez años después de su muerte.

Pero lo extraño es que la vida y la obra de Canetti no haya merecido hasta ahora ningún estudio monográfico, ni individual ni colectivo, por parte de los estudiosos españoles. Sobre todo si tenemos en cuenta que Canetti, a pesar de haber nacido en Rustschuk (hoy, Ruse), una ciudad búlgara situada al sur del Danubio y antiguamente

pertenciente al imperio otomano, era descendiente de una familia de judíos sefardíes que le enseñaron como lengua materna el español antiguo o ladino, una lengua conservada con mucho orgullo y tesón por sus antepasados, quienes al parecer —según delata su italianizado apellido paterno— vivieron en el pueblo conquense de Cañete, antes de que los Reyes Católicos los expulsaran de España —la añorada e ingrata Sefarad.

Por eso, es muy de agradecer que Raquel Kleinman, otra mujer de origen judío y con una vida igualmente viajera y mestiza, haya sido la primera autora que dedica a Canetti un estudio monográfico en lengua castellana, y que la editorial Biblioteca Nueva haya tenido el acierto de publicarlo en el año del centenario.

Raquel Kleinman Bernath, como Elias Canetti, vino al mundo en un lugar donde confluían muchas culturas mezcladas, y ha transitado también por países, idiomas y saberes muy diversos. Nació en la región rumana de Transilvania, pero en su familia aprendió el húngaro como lengua materna. A los doce años se traslada a Israel, donde va añadiendo a su idioma materno otros cinco más. Estudia Literatura inglesa y Ciencias de la educación, y se licencia en Humanidades por la Universidad Ben Gurión de Beer Sheva y la Universidad Hebrea de Jerusalén. En 1974 se traslada a España y fija su residencia en San Lorenzo del Escorial. Desde 1986, se dedica al estudio y a la práctica del psicoanálisis. Y es desde esta última perspectiva desde la que se ha acercado a la vida y la obra de Elias Canetti.

La originalidad del estudio que Kleinman nos ofrece es doble: por un lado, en la primera parte del libro, lleva a cabo una interpretación psicoanalítica de la vida de Canetti, centrándose sobre todo en la relación edípica con la madre (Mathilde Arditti) y con los sucesivos tutores, modelos o padres espirituales (Kraus, Broch y Sonne) a los que fue admirando durante su juventud y con los que trató de suplir la temprana pérdida del padre; por otro lado, en las tres partes siguientes, a las que dedica el doble de páginas que a la primera, analiza «la teoría canettiana sobre la naturaleza humana» (y en especial sus ideas sobre la muerte, la locura, la masa, el poder y la metamorfosis),

para confrontarla después con la teoría psicoanalítica de Freud, a fin de hacer aparecer tanto las afinidades como las «pequeñas» y las grandes diferencias entre ambos autores.

El empeño es muy arriesgado, y por ello mismo digno de elogio, porque es bien conocida la profunda aversión que Canetti sentía hacia la teoría y la práctica del psicoanálisis —más que hacia la persona misma de Freud, a quien no conoció y cuya originalidad intelectual respetaba, hasta el punto de adoptarlo como un modelo o, más bien, como un «contramodelo» frente al cual —y a imitación del cual— elaborar su propio pensamiento. Conviene tener en cuenta la enorme influencia intelectual que Freud llegó a ejercer en la Viena de los años veinte y treinta, una ciudad y unos años en los que el joven Canetti comenzó a componer su propia obra. De hecho, el propio Canetti cuenta en *La antorcha al oído* que en julio de 1925, tras una violenta discusión con su madre —en la que, por cierto, ella solicitó la ayuda de un amigo médico que calificó la actitud rebelde del joven como un caso «edípico»—, y después de haber leído *Psicología de las masas y análisis del yo*, de Freud —que le desagradó profundamente, por su interpretación libidinal de la masa y por sus prejuicios demofóbicos—, decide escribir un libro sobre el «instinto de masa», y considera que con esa decisión tiene lugar «el verdadero inicio de mi vida intelectual independiente». Parece, pues, como si Canetti, tanto en su vida como en su obra, hubiera tenido que afirmarse en abierta confrontación con la doctrina psicoanalítica de Freud.

La pretensión de Kleinman es enmendar la interpretación autobiográfica de Canetti, sobre todo en su relación con Freud y el psicoanálisis. Digamos, psicoanalíticamente, que la autora trata de poner frente a frente a sus dos padres espirituales, para que ninguno prevalezca sobre el otro, para que papá y mamá puedan convivir bajo el mismo techo, para que sea posible una cierta reconciliación entre ambos. Podríamos discutir tales o cuales afirmaciones de Kleinman, sobre todo cuando se deja llevar demasiado fácilmente por la tópica freudiana, pero no hay duda de que su libro es un estudio original y riguroso, lleno de novedosas sugerencias y de acertadas intuiciones,

gracias a las cuales podemos comprender un poco mejor la vida y la obra de Canetti.

Por un lado, trata de mostrar que los principales episodios de la vida del escritor, así como algunos rasgos distintivos de su carácter y de su escritura, solo pueden ser comprendidos a la luz de la interpretación psicoanalítica clásica: la pérdida temprana del amado padre, la relación de amor y de lucha con la madre, el celoso rechazo a un nuevo matrimonio de ésta, la búsqueda de padres espirituales sustitutivos, etc. Por otro lado, trata de mostrar que entre las ideas de Canetti y las de Freud hay muchas más afinidades de las que el pri-

mero habría estado dispuesto a reconocer, pero al mismo tiempo señala la gran diferencia que sigue habiendo entre ambos: para Freud, la ley primera es la ley del incesto, la prohibición del sexo, que está en el origen de todas las enfermedades del alma y todas las sublimaciones culturales; para Canetti, la ley primera es la ley del asesinato, la prohibición de la muerte, que está en el origen de todas las formas de poder y todas las creaciones de la metamorfosis.

Antonio Campillo

**ARENDRT, Hannah: *Ensayos de comprensión, 1930-1954*, Caparrós Editores, Madrid, 2005, 554 p.**

*Ensayos de comprensión, 1930-1954* es la edición española de una extensa compilación de textos de Hannah Arendt que apareció en EEUU en 1994. La compilación está formada por artículos, reseñas y conferencias de naturaleza muy dispar, cuyo único hilo común quizá sea que todos ellos están marcados por la impronta del convulso periodo histórico en el que vieron la luz: el advenimiento del nazismo, el stalinismo, la Segunda Guerra Mundial, Auschwitz, la Bomba Atómica y la Guerra Fría. Esto puede sonar a perogrullada —pues todo texto es, de alguna forma, fruto de su época— y, sin embargo, es esencial para la comprensión tanto de los artículos que aquí aparecen, como de la obra completa de la autora alemana. Y es que Hannah Arendt fue una superviviente: su condición de judía la llevó a huir de la Alemania nazi en 1933, refugiándose primero en Francia y después, durante la Segunda Guerra Mundial, en Estados Unidos, donde vivió hasta su muerte. No es de extrañar, por tanto, que sus escritos estén marcados por el afán de comprender el totalitarismo y pensar lo político después de Auschwitz. Sus obras principales —*Los orígenes del totalitarismo* (1951), *La condición humana* (1958), *Eichmann en Jerusalén* (1963) y *Sobre la revolución* (1965)— son una prueba de ello.

El único texto que desborda las fronteras temporales de estos *Ensayos de comprensión* es la entrevista («¿Qué queda? Queda la lengua materna») que abre la compilación, una entrevista que Arendt concedió a la televisión de la Alemania Occidental en 1964, y que sirve de prólogo y guía para la lectura de tan heterogéneas páginas. Sin embargo, es posible simplificar la aparente diversidad de la obra agrupando los textos que aparecen en ella en dos momentos y en diferentes temáticas. El primer momento estaría formado por los textos escritos en Alemania entre 1930 y 1932, antes de la llegada de Hitler al poder. Entre ellos encontramos dos reseñas («Filosofía y Sociología. Con motivo de Karl Mannheim, *Ideología y utopía*») y «Acercas de la emancipación de la mujer»), dos «homenajes» («Sören Kierkegaard» y «Friedrich von Gentz. En ocasión del centenario de su muerte») y, por último, dos artículos («Agustín de Hipona y el protestantismo» y «Salón berlinés») en los que reconocemos las temáticas que la joven Arendt había abordado en su tesis sobre San Agustín y en su libro sobre la paria judía Rahel Varnhagen.

En esta compilación no encontramos ningún artículo que date de los años 1933 a 1944. Sin embargo, lo que a primera vista podría parecer un

sorprendente silencio, es explicado por Arendt en la entrevista introductoria: «Yo vivía en un medio intelectual, pero conocía también otras gentes. Y pude comprobar que la «uniformación» se convertía, por así decir, en regla entre los intelectuales; no así en los otros medios. Y esto nunca lo he olvidado. Dejé Alemania dominada por la idea —algo exagerada sin duda— de «nunca más», nunca más meterme en historias intelectuales. No quería tener nada que ver con semejante gente. No es que pensara que los judíos y los intelectuales judeoalemanes habrían actuado de manera esencialmente distinta si las circunstancias hubiesen sido otras. No era eso. Mi opinión era que lo ocurrido tenía que ver con esta profesión, con la intelectualidad». De ahí que, durante esos años, mientras vivió en París, Arendt se volcara en el trabajo político, colaborando con una organización sionista dedicada a acomodar jóvenes judíos en Palestina. De hecho, la experiencia de 1933 no sólo motivó a Arendt a abandonar el trabajo intelectual, sino que, como hemos señalado antes, sería clave para el viraje intelectual que, una vez en EEUU, la llevaría a hacer teoría política.

El segundo momento del que hablábamos más arriba lo constituyen, pues, los textos norteamericanos, escritos ente 1944 y 1954. La mayoría de estos escritos aparecieron en diversas publicaciones judías y en la *Partisan Review*, revista de inspiración comunista con la que Arendt colaboró durante años. Estos textos podrían ser divididos, a su vez, en tres grupos: reseñas y «homenajes», artículos de carácter filosófico y, por último, artículos o conferencias políticas. Del primer grupo cabe recomendar el original «homenaje» dedicado a Kafka («Frank Kafka: una reevaluación»), en el que la autora alemana recoge los temas principales de sus obras —la gran organización cuyas leyes se nos escapan y a las que, sin embargo, el hombre se pliega *necesariamente*, tal como ocurre en *El proceso*; la excepcionalidad del hombre humano y normal que convierte a algunos de los aldeanos en *El castillo*—, mostrando cómo éstos rompen con la novela clásica, con esa «tranquilidad y seguridad del mundo burgués» que la caracterizaba, y apuntan la necesidad de un mundo nuevo, liberado. Sin duda, bajo estas páginas dedicadas a

Kafka late ya la necesidad de pensar lo político tras los totalitarismos, aunque sea a través de la literatura. Por otro lado, la «Dedicatoria a Karl Jaspers» es una prueba conmovedora de la fidelidad filosófica y amistosa de la que fuera discípula del autor alemán. Y, por último, la reseña titulada «La imagen del Infierno» nos muestra una Hannah Arendt crítica con la imagen del nazismo defendida por la comunidad judía, imagen que, según la autora, es incapaz de captar la complejidad y la novedad del fenómeno totalitario.

En el segundo tipo de textos norteamericanos hemos agrupado los artículos que consideramos de temática más claramente filosófica. Aquí encontraríamos los siguientes títulos: «¿Qué es la filosofía de la existencia?», «Existencialismo francés» y «La preocupación por la política en el reciente pensamiento europeo», en los que queda patente el profundo conocimiento que Arendt tenía de autores como Kant, Schelling, Hegel, Kierkegaard, Heidegger, Jaspers, Sartre o Malraux.

Finalmente, la mayor parte de los escritos norteamericanos que aparecen en esta obra son artículos o conferencias políticas. Es este tipo de textos el que nos parece más interesante, el que nos muestra a una Hannah Arendt comprometida con los problemas de su tiempo, una autora atrevida, capaz de teorizar o intentar comprender horrores tan recientes y cercanos como el totalitarismo nazi. Evidentemente, este grupo de artículos nos adelantan tesis que más tarde Arendt defenderá en *Los orígenes del totalitarismo*, *La condición humana* o *Eichmann en Jerusalén*. Cabe recomendar sus «Aproximaciones al «problema alemán»» y «Las semillas de una Internacional fascista», donde se enfrenta a los expertos que tratan de explicar el totalitarismo nazi en base a la específica tradición alemana, en lugar de atender a las características típicamente modernas que lo podrían hacer posible en cualquier país. En este sentido, recupera y defiende los planteamientos de los movimientos europeos de resistencia, para los que el principal enemigo es el fascismo (organizado internacionalmente), y no Alemania. Por tanto, para comprender el totalitarismo nazi, más que recurrir a burdas teorías esencialistas, Arendt nos recomienda atender a la normal figura del

«burgués». Así, en el impresionante «Culpa organizada y responsabilidad universal», nos muestra el determinante papel que jugaron los devotos y dóciles cabezas de familia en el mantenimiento del régimen. En palabras de la propia Arendt: «Se vio entonces con claridad que por mor de su pensión, de su seguro de vida o de la seguridad de su esposa e hijos, un hombre así estaba listo a sacrificar sus creencias, su honor y su dignidad humana [...] La única condición que ponía era una completa exención de responsabilidad por sus actos». Y lo verdaderamente preocupante para la autora es que este cabeza de familia, este «burgués» únicamente preocupado por su vida privada e ignorante de toda virtud cívica, es un fenómeno contemporáneo internacional. Esta descripción del «burgués» parece anticipar la noción de «la banalidad del mal», que desarrollaría años más tarde en su *Eichmann*.

Para Arendt, no se trata sólo de rechazar las explicaciones del nazismo que pretenden ofrecernos los expertos en el «problema alemán», sino que también se debe reconocer la inutilidad de las herramientas tradicionales de las ciencias sociales para comprender ese fenómeno. Así, en varios artículos («Las técnicas de las ciencias sociales y el estudio de los campos de concentración», «Comprensión y política» y «De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión»), Arendt apuesta por la necesidad de abandonar las categorías clásicas de análisis de la historia y la sociología —la creencia en la causalidad general y el análisis funcional—, para poder captar el acontecimiento mismo, lo completamente «nuevo e inesperado». Estos artículos nos recuerdan el problema al que, décadas más tarde, se enfrentaría también el soció-

logo polaco Zygmunt Bauman en su *Modernidad y Holocausto*.

No obstante, no nos gustaría que pareciera que los artículos políticos recogidos en este volumen abordan únicamente el fenómeno del totalitarismo nazi. De hecho, cuando Arendt teoriza sobre el fenómeno del totalitarismo, se refiere también al comunismo, que aborda explícitamente en su artículo «Los huevos rompen a hablar». Por último, cabe subrayar también el sarcástico artículo dedicado a «Los excomunistas». En los años en los que escribe la autora, ellos parecen estar erigiéndose en los verdaderos defensores de la democracia, para lo que, paradójicamente, utilizan técnicas totalitarias. Según Arendt, los excomunistas no se han liberado de esa concepción dicotómica del mundo, también propia de los comunistas, y siguen viéndose a sí mismos como los hacedores de la Historia: es este fanatismo lo que les lleva a justificar sus prácticas deladoras y policíacas, en fin, su totalitarismo. Sin embargo, apunta la autora, «su pretensión de que sólo puede combatirse al dragón si uno se ha convertido en dragón contradice todas nuestras experiencias y es hostil a nuestro interés esencial, que es hacer valer la humanidad del hombre. Su objetivo, hacer de la democracia una «causa» en el sentido ideológico estricto, contradice las normas y las leyes por las que nosotros vivimos y dejamos vivir». La actualidad de estas palabras es la actualidad de unos fenómenos que merecen seguir siendo pensados con la lucidez con los que los abordaba Hannah Arendt.

Inés Campillo Poza

**BERTOMEU, M. J., DOMÈNECH, A. y DE FRANCISCO, A. de (comp.): *Republicanismo y democracia*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2005, 334 p.**

El libro que presentamos en estas líneas reúne una decena de trabajos cuyos autores pertenecen, con dos excepciones, al mundo académico español; y viene a sumarse, no sin reservas, a la revitalización de la filosofía política republi-

cana en los últimos años. Las reservas se refieren, primeramente, a la «moda republicana» que ha dado salida y cobijo a las atascadas discusiones normativas de las últimas décadas; y en segundo lugar, a que el republicanismo defendido en este

volumen es un republicanismo *democrático*, matiz importantísimo tanto en la reconstrucción histórica de esta tradición como en los debates políticos actuales.

Los artículos que recoge el libro tienen su origen en tres encuentros académicos, y como es habitual en este tipo de empresas editoriales, el resultado final es un conjunto heterogéneo de contribuciones, con distinta temática y desigual interés. Lo que no es tan frecuente, y este caso supone una feliz excepción, es que todas ellas cumplan un mínimo de calidad y compongan un libro que merece ser leído de principio a fin. Quien siga esta recomendación no sólo se hará una imagen más completa del republicanismo actual, de sus múltiples aristas, sino que verá también las tensiones que laten en su seno y que se plasman en algunos de los textos que, a continuación, pasamos a reseñar.

La «Introducción» al libro, firmada por M. J. Bertomeu y A. Domènech, aborda la tarea de aclarar algunas confusiones que se presentan en el debate filosófico-normativo; y postula un «método» republicano opuesto al «rawlsismo metodológico». Si éste se caracteriza por un altísimo nivel de abstracción, aquél se aparta de las teorías ideales y fija su atención en los problemas motivacionales y el diseño institucional; si éste toma como cuestión fundamental la justicia distributiva, aquél se centra en la libertad republicana y en su extensión social; si el estilo de éste es intencionadamente a-histórico y a-institucional, el de aquél se preocupa por la adecuación histórica e institucional de sus formulaciones; y finalmente, si éste utiliza los instrumentos de la teoría económica neoclásica y se compromete con sus presupuestos, aquél, por el contrario, parte del complejo escenario histórico, formado por instituciones políticas y clases sociales, donde toma forma la vida social. A pesar de la convincente argumentación, y más allá de que sea oportuna la reivindicación de una republicana «ortodoxia del método», cabe dudar que en la práctica ésta se cumpla, pues algunos de los textos incluidos son tan formales como los del «rawlsista metodológico» Gerald Cohen, citado por ellos a modo de ejemplo.

En todo caso, la importancia que concede el filosofar republicano a la historia y las divisiones

sociales, a las luchas políticas y los diseños institucionales que resultan de ellas, queda patente a lo largo de todo el libro.

Un grupo de artículos toma como objeto la presencia de las ideas republicanas en distintas épocas y autores. Francisco J. Andrés («Derecho romano y axiología política republicana») defiende que, junto a la conocida influencia de Cicerón, es necesario reconocer la importancia que tuvo la compilación justiniana del Derecho romano (el llamado *Corpus iuris civilis*) en la formación del pensamiento republicano; y repasa la importancia de la ley «como reina de todas las cosas», la centralidad de la ciudadanía y el significado de la *libertas* romana, cuya salvaguarda sólo es posible a través de la activa implicación de los ciudadanos en los asuntos de la *res publica*. Tal participación, como señala Javier Peña («Ciudadanía republicana y virtud cívica») requiere de una *virtud* abandonada en el camino de la reflexión moderna y que se hace urgente recuperar. Fernando Aguiar («¿Un Adam Smith republicano?») se propone contestar positivamente al título de su artículo, mostrando cómo el empeño del pensador escocés por conciliar los valores del viejo republicanismo con los rasgos de la sociedad comercial es clave para leer su obra como un todo coherente. Con ese objetivo, subraya la concepción aristotélica de Smith de la libertad como autodomínio y su defensa de la constitución mixta como el mejor régimen para asegurarla. Sin embargo, la apuesta de Smith por el comercio como proveedor de independencia económico-política frente al poder feudal excluye a la masa de asalariados de ese proceso liberador, problema que delata el sesgo antidemocrático de su republicanismo. María J. Bertomeu («Las raíces republicanas del mundo moderno: en torno a Kant») acomete una tarea similar con el filósofo prusiano, señalando los puntos que le separan de la tradición liberal posterior; pero igual que en el caso de Smith, el republicanismo de Kant excluye a aquellos que carecen de propiedad, y es, aunque revolucionario, medrosamente antidemocrático. Por último, Jordi Mundó («Autopropiedad, derechos y libertad») analiza la obra de Nozick con el objetivo de señalar una aporía liberal que este autor —olvido del «republicanismo» de Locke

mediante— intenta superar con una solución completamente impolítica.

Mención aparte merece el artículo de Joaquín Miras («La república de la virtud»), el más largo y, a mi juicio, el mejor de todos. El republicanismo democrático aparece aquí encarnado en los acontecimientos de la Revolución Francesa, en la acción de sus protagonistas y en el contenido de sus luchas políticas, cuya narración se combina, apasionadamente, con los ideales normativos desgranados en el resto del libro. Miras se aparta de las interpretaciones corrientes (tanto «oficiales» como marxistas) y, en la línea historiográfica que va de A. Mathiez a F. Gauthier, se lanza a reconstruir «desde abajo» la formación de un bloque político plebeyo que retoma el legado clásico en un proyecto propio: la democracia jacobina. Una alternativa radicalmente democrática en el sentido de extender socialmente la libertad republicana, y cuya derrota condujo a la difamación de sus líderes más destacados, entre los que descuella Robespierre, a quien están dedicadas las vibrantes diez últimas páginas del artículo.

Otro grupo de artículos examina los aspectos institucionales que pueden garantizar los ideales republicanos. Philip Pettit («La libertad republicana y su trascendencia constitucional») analiza la importancia de esta concepción de la libertad para el imperio de la ley, la separación de poderes y el modelo democrático. La claridad de su argumentación no oculta el sesgo elitista que late en ella, pues Pettit hereda los temores republicanos a una tiranía de la mayoría y, con más moderación que sus antecesores, propone una separación de poderes sin contemplar la posibilidad, tristemente real, de que ésta favorezca la influencia de las «minorías selectas», y fiando candorosamente la definición del bien común a una democracia electoral y disputatoria. Si el temor de Pettit a un despotismo de la *vox populi* puede ser justificado, no lo es desde luego en un mundo donde ésta

permanece callada por poderes enormes. Afortunadamente, su posición encuentra réplica en el artículo de Andrés de Francisco («Cómo forzar a los gobiernos a responder»), quien se interesa por la «rendición de cuentas» (*accountability*) y la «responsividad» de los gobiernos ante sus representados. En primer lugar, sostiene que la división sincrónica de poderes ha de ser completada con una división *diacrónica*, a través de mecanismos como la brevedad y no-reelegibilidad de mandatos. En segundo lugar, advierte que la doctrina del equilibrio de poderes puede tener sesgos elitistas, que han sido aprovechados históricamente por las *select few* para frenar el poder del *demos*. Su repaso histórico de los diseños institucionales que han plasmado tales principios concluye con una apuesta por vigorizarlos, pero *democráticamente*, para que los gobiernos no continúen «devorando la soberanía». Del mismo autor y Daniel Raventós es un artículo («Republicanism and renta básica de ciudadanía») que fundamenta normativamente tal propuesta como una medida que favorecería el ideal republicano de libertad. Para ello, se resume el núcleo del republicanismo democrático a través de los conceptos de libertad, virtud y felicidad; y se confronta con las consecuencias prácticas que tendría la implantación de la Renta Básica.

Como colofón se incluye una entrevista político-filosófica a Antoni Domènech, que permite volcar muchas de las ideas expuestas a lo largo del libro sobre las acuciantes cuestiones políticas que presenta el mundo contemporáneo. A pesar de su gran interés, se echa en falta una contribución propia de quien más ha hecho por la introducción del republicanismo democrático en España. En resumen, este libro presenta un puñado de artículos heterogéneos pero de mucho interés, cuya lectura bien puede, como desean sus autores, encender alguna chispa de esperanza en el presente.

Jorge Sola Espinosa

**DÍAZ, Elías: *Un itinerario intelectual. De filosofía jurídica y política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 270.**

La figura y obra del profesor Elías Díaz van unidas a la historia de la reconstrucción de la razón democrática en la España de los últimos cincuenta años. Su producción académica, labor universitaria y compromiso político hacen de él nuestro primer filósofo del Derecho y de la Política. Es nuestro Norberto Bobbio. Todo este largo trayecto lo podemos recorrer leyendo su último libro, *Un itinerario intelectual. De filosofía jurídica y política*, en este peregrinaje encontramos los jalones más importantes de nuestra historia reciente abordados desde sus estudios sobre historia del pensamiento político español, Estado de derecho y sociedad democrática, Legalidad-legitimidad, problemas del socialismo, iusnaturalismo y positivismo, Teoría del Derecho, Sociología y Filosofía del derecho, Constitución, Teoría de la justicia, Instituciones jurídico-políticas, Ideas políticas y movimientos sociales, etc.

Si a estas cuestiones añadimos un compromiso político insobornable y una lealtad a los derechos civiles por encima de cualquier adscripción partidista, se entenderán bien la importancia del libro que les recomiendo. Estas perspectivas diversas, sus distintos enfoques y materias son precisas para comprender este universo globalizado que tenemos ante nosotros. No sólo desde ámbitos de la filosofía del derecho, moral y política se le deben contribuciones inestimables para nuestra producción intelectual (Estado de Derecho, la Sociología del Derecho, el problema de los intelectuales en la España de fin del siglo XX), también por sus estudios sobre la transición y el Partido Socialista Obrero Español, en el que siempre ha estado de forma activa, manteniendo actitudes críticas, muy duras, propias de su rigorismo ético y capacidad crítica.

La defensa de la España cívica frente a la tradición de la España impecable, la recuperación de las tradiciones ilustrada, liberal y socia-

lista, la introducción de nuevos iusfilósofos como Renato Treves, Bobbio y Hart son claves para la puesta al día de la filosofía del derecho española. En este itinerario hay elementos de una autobiografía intelectual (*De un tiempo de un país*), *Diálogo crítico* que recoge una entrevista (publicada en la revista *Doxa* en 1994) de la mano de Alfonso Ruiz-Miguel y Francisco Laporta, donde someten a un «tercer grado» sobre la actualidad de sus libros, su relectura y reelaboración de muchas de sus tesis; en la tercera parte *Razón de Estado y razones del Estado*, es el Estado democrático de Derecho, su gestación, así como alguno de sus enemigos (Carl Schmitt) y la democracia participativa. Por último, *Itinerario ¿Final provisional?: Realismo jurídico, razón crítica* donde pasa revista a la Universidad, la filosofía jurídica y política, la teoría del Derecho y la teoría de la Justicia. Una bibliografía personal es el colofón para este texto – imprescindible – para todos aquéllos que quieran saberlo que ha sido la filosofía jurídica y política en la segunda mitad del siglo XX en nuestro país.

En todo el libro está presente ese *entusiasmos*, el rigor intelectual, la tolerancia y el respeto a las posiciones contrarias a la suya. Esa es su voluntad de estilo, que hace del profesor Elías Díaz un maestro, con ese vigor intelectual-vital incansable que conocemos aquéllos que hemos tenido el privilegio de su magisterio y amistad. Ese magisterio está acreditado por su capacidad para atraer y formar a jóvenes durante más de cuarenta años, convertidos en discípulos que en torno al maestro reviven aquello que decía Giner de los Ríos en sus *Ensayos*:

«Vedlos excitados por su propia espontánea iniciativa, por la conciencia de sí mismos, porque sienten ya que son algo en el mundo y que no es pecado tener individualidad y ser hombres. Hacedles medir, pesar, descomponer, crear y disipar la materia en el laboratorio; discutir

como en Grecia... Y entonces la cátedra es un taller y el maestro un guía en el trabajo».

Eso ha sido el profesor Elías Díaz para generaciones y generaciones desde los primeros años de los sesenta cuando se incorporó a la Universidad, en la cual tuvo que pagar el precio de su compromiso con la libertad y la democracia. Así lo atestiguan su cartografía intelectual (destierros aparte): Salamanca, Madrid, Oviedo, y una constante: los estudiantes, siempre ellos. Ni que decir que libros como *Estado de Derecho*

y *Sociedad democrática* (1966) son algo más que un texto, condensa una época y es emblema de los que apostaron inequívocamente por la democracia en España. Ese es el itinerario personal, vital y político de muchos españolitos que —gracias a maestros como el profesor Elías Díaz— encontró orientación, significado y valor a su vida intelectual y política. Mereció la pena hacerlo de su mano.

Jorge Novella Suárez

**CARLSON, Allen y BERLEANT, Arnold (eds.): *The Aesthetics and Natural Environments*, Broadview Press, Toronto, 2004.**

Hace ahora 40 años, en 1966, un entonces joven profesor de estética, hoy emérito de la Universidad de Edimburgo, Ronald Hepburn, publicaba un artículo destinado a hacer historia. Con un título que era toda una declaración de intenciones, «Contemporary Aesthetics and the Neglect of Natural Beauty»,<sup>1</sup> Hepburn denunciaba como un tremendo error que la estética se hubiera reducido a sí misma a filosofía del arte, relegando a la marginalidad cualquier discurso que no versara sobre creaciones humanas. Olvidando la naturaleza, afirmaba Hepburn, la estética se había privado no sólo de una fértil área de conocimiento, sino también de una mirada más compleja sobre el arte. En esos mismos años, y de forma completamente independiente, T. W. Adorno denunciaba el mismo olvido, y trataba de ponerle fin dedicando un capítulo de su *Teoría Estética*<sup>2</sup> a la belleza natural. Ambos textos son hoy considerados los precursores de un movimiento cada vez más amplio que reivindica para la belleza natural el lugar central que

la estética moderna ya le concedió en sus orígenes, en los primeros ensayos de los ilustrados británicos que la constituyeron como disciplina y en la obra de Kant que la consolidó por primera vez como sistema.

El libro que aquí presentamos se suma a este proyecto de recuperación; a modo de antología, se abre con el artículo pionero de Hepburn y compila algunos de los textos más interesantes surgidos en la discusión por él iniciada en el mundo anglosajón. Sus editores, Arnold Berleant, profesor emérito de la Universidad de Long Island, y Allen Carlson, profesor en la Universidad de Alberta, no sólo son dos de los autores que más han escrito sobre la materia, sino que se han convertido en sus principales impulsores. Entre sus logros se cuenta el monográfico que editaron juntos para *The Journal of Aesthetics and Art Criticism* en 1998, y que puede considerarse la readmisión definitiva de esta materia en la academia.<sup>3</sup> Entre los autores representados en esta antología se encuentran desde figuras consolidadas de la estética que han acabado por incluir esta temática entre sus objetos de estudio, como es el caso de Noël

1 Publicado por primera vez en Williams, B. y Montefiore, A. (eds.), *British Analytical Philosophy*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1966.

2 Publicada póstumamente en Suhrkamp, Frankfurt, 1970. Traducción en Akal, Madrid, 2003.

3 Volumen 56-2, primavera de 1998.

Carroll, Marcia Muelder Eaton o Donald W. Crawford, hasta reconocidos especialistas de otras disciplinas que han considerado que la estética de la naturaleza no sólo es interesante para la estética, como el filósofo de la ecología Holmes Rolston III. Y entre ambos, una nueva generación de pensadores más jóvenes que han podido formarse como especialistas en la materia, entre los cuales destacan Emily Brady, Stan Godlovitch o Cheryl Foster, quien realizó su tesis doctoral bajo la dirección de Hepburn.

Tratándose de un discurso que se está refundando a sí mismo, no es de extrañar que la cuestión central de la mayoría de estos artículos sea la definición misma de la experiencia estética de la naturaleza, el esfuerzo por determinar qué características la diferencian, por un lado, de la experiencia estética del arte, y por otro, de las diversas formas de experiencia de la naturaleza, como puedan ser la ciencia, la ética o la religión. En este esfuerzo de definición, Carlson ha apostado por la tesis de que la experiencia estética de la naturaleza es una experiencia de conocimiento, y que así como consideraríamos que poseer conocimientos de historia del arte y crítica de arte amplía nuestra capacidad para gozar de las obras artísticas, del mismo modo, las ciencias de la naturaleza nos ayudarían a comprender los objetos naturales y harían más satisfactoria nuestra experiencia estética de la naturaleza. Carlson pretende así diferenciar radicalmente la experiencia estética de la naturaleza de meras vivencias emocionales o místicas, y convertir la estética de la naturaleza, más allá de la mera subjetividad, en una disciplina científica que pueda resultar útil para disciplinas afines como el diseño de paisajes, la arquitectura o la ecología. Sin embargo, su propuesta ha

generado más polémica que adhesión, y ha acabado dando lugar a lo que podemos considerar el principal frente del debate: determinar cuál es el papel del conocimiento, las emociones y la imaginación en la apreciación y el disfrute de la belleza natural. Otra de las cuestiones centrales es la planteada por Berleant al definir la estética de la naturaleza como una experiencia donde no cabe el tradicional concepto de desinterés y que reclama, por el contrario, *engagement*. Y una tercera línea de trabajo la conforman los estudios que pretenden examinar en qué grado y de qué forma nuestros conocimientos artísticos influyen en nuestra apreciación de la naturaleza, tema abordado en los artículos de Ronald Moore, Thomas Heyd, Yrjö Sepänmaa y Yuriko Saito. El libro acoge también otros temas más minoritarios, como el artículo de John Andrew Fisher, que aborda la apreciación estética de los sonidos de la naturaleza con el concepto de «soundscape». Así, el mérito de esta antología es haber logrado reunir las más variadas perspectivas sobre la materia, de tal modo que el lector puede hacerse una idea de la historia del renacimiento de esta disciplina y ponerse al día de la discusión. Sin embargo, esa pluralidad de enfoques queda limitada al territorio de la estética analítica. Si se puede lamentar una carencia, es su total ausencia de diálogo con las discusiones que están teniendo lugar al mismo tiempo en la filosofía continental, especialmente en Alemania, y que permitirían enriquecer el debate con nuevos elementos. Cabe confiar en que trabajos futuros busquen ese encuentro entre ambas tradiciones.

Marta Tafalla

Universidad Autónoma de Barcelona

**GILPIN, William: *Tres ensayos sobre la belleza pintoresca*. Edición y Prólogo de Javier Maderuelo, Traducción de Maysi Veuthey. Abada Editores, Madrid, 2004.**

La rehabilitación de la estética de la naturaleza que está teniendo lugar en los países de habla inglesa y alemana comienza a llegar también a nuestro país. Uno de sus primeros embajadores es la traducción por primera vez al castellano de un clásico de la ilustración británica, un conjunto de tres breves ensayos en los que William Gilpin abrió un espacio entre las dos categorías básicas de la estética de la naturaleza, lo bello y lo sublime, para añadir entre ellas la categoría de lo pintoresco.

Gilpin, que nació y murió en los mismos años que Kant (1724-1804), fue pastor anglicano, director de escuela, acuarelista y escritor, pero la enorme popularidad de que llegó a gozar durante su vida se debe a los libros de viajes en que invitaba a sus contemporáneos a recorrer y disfrutar de la belleza natural de su país; Scott, Keats o Turner son sólo los más conocidos de los muchos lectores que recorrieron los trayectos que él recomendaba. Sus *Tres ensayos sobre la belleza pintoresca, a los que se añade un poema sobre la pintura de paisajes*, se publicaron por primera vez en 1794. Esta bella edición que los recupera en castellano, y que incluye algunas de las pinturas del autor, se abre con un espléndido estudio de Javier Maderuelo, especialista en arquitectura de paisaje y uno de los primeros en introducir estos temas en nuestro país.

Gilpin fue uno de los forjadores de la categoría de lo pintoresco, que se introdujo en el vocabulario estético en la década de 1790, reclamando un espacio propio entre la belleza, con su ideal de armonía, simetría y proporción, y la desmesura de lo sublime. Pintoresco, explica Gilpin en su primer ensayo, titulado «Sobre la belleza pintoresca», es aquello caracterizado por la irregularidad, la asimetría, lo abrupto o incluso la deformidad. Son pintorescos los paisajes agrestes, con montañas escarpadas y árboles de formas retorcidas y corteza rugosa. Es una categoría donde caben el misterio de un

bosque oscuro, el desorden de unas ruinas, o animales de tiro, musculosos y de pelo hirsuto. Frente a la suavidad y elegancia valoradas por la belleza, lo pintoresco acoge lo áspero, lo rudo y lo tosco, y aprecia la variedad y el contraste por encima de la unidad y la armonía. Y su característica definitiva es, según Gilpin, que lo pintoresco se presta mejor a la representación pictórica que no la belleza: de ahí el nombre de dicha categoría.

El segundo ensayo, «Sobre el viaje pintoresco», es una invitación a lo que hoy podríamos llamar turismo de paisaje, en la que Gilpin intenta fomentar la contemplación del paisaje natural como fuente de conocimiento y placer, y enseña a valorar los aspectos pintorescos del paisaje. El tercer ensayo, «Sobre el arte de abocetar paisajes», es una introducción a la pintura de paisajes al natural y una invitación a practicar este arte que, según Gilpin, aumenta el placer de la contemplación de la naturaleza. Este último ensayo, y el poema que le sigue, marcan definitivamente el tono del libro, que lejos de ser una reflexión puramente especulativa, tiene por finalidad acompañar al lector en sus primeras experiencias pintando los paisajes pintorescos que contempla.

Entre los muchos aspectos interesantes de este libro, cabe destacar que apunta en él una versión primitiva de lo que décadas después se llamaría la estética positiva de la naturaleza, según la cual cualquier objeto o paisaje natural ofrece siempre algún tipo de belleza; es decir, que la naturaleza nunca nos defrauda, porque no hay nada en ella que sea estéril, insípido o malogrado, mientras que, por el contrario, el arte nos decepciona a menudo. Esa ha sido y sigue siendo una de las tesis más defendidas en la estética de la naturaleza. Entre los poquísimos que la han puesto en cuestión, se incluye el capítulo de *Teoría Estética* en el que T. W. Adorno reivindica una recuperación de la estética de la

naturaleza, y lo hace replanteándose las tesis tradicionales, entre ellas, que no existe fealdad en el mundo natural. Ese es precisamente uno de los elementos que pueden hacer más interesante la rehabilitación de esta disciplina: examinar si la visión ilustrada de la naturaleza coincide con la que tenemos tres siglos después. Según Adorno, que defendía que nuestra concepción de la naturaleza no puede ser sino histórica, ésta

ha cambiado considerablemente. Es sin duda un buen tema de discusión, que sumándose a tantos otros abre un inmenso y poco trillado campo de trabajo, que esperamos atraiga la atención que se merece, también en nuestra lengua.

Marta Tafalla

Universidad Autónoma de Barcelona

**KERTÉSZ, Imre: *La bandera inglesa*. Traducción de Adan Kovacsics. Barcelona, El acantilado, 2005, 172 pp.**

De «regalo para mí mismo», califica Imre Kertész los tres relatos que componen *La bandera inglesa*. Fragmentos de la propia vida, recreados y estilizados con maestría, encierran algunas de las claves esenciales que caracterizan la obra del escritor húngaro: la vida bajo distintas formas de totalitarismo, la pregunta por la identidad, el sentido del acto de escribir para el sujeto que lo protagoniza, el fracaso como un peculiar *ethos* existencial. Kertész dialoga consigo mismo ejercitando la memoria, en la búsqueda de un *yo* que se muestra tan inaprehensible como necesario. También dialoga con y a la manera de sus ídolos particulares, de sus *maestros*, en una suerte de evocación en la que el tributo formal a Bernhard y Kafka nos adentra en un universo de complicidades personales, filosóficas e históricas. Desplegada en forma de tríptico, la obra expresa una aventura singular, la del propio Kertész, aventura de una época en la que las grandes hazañas individuales o colectivas han dado paso a la simple heroicidad de la conciencia, que lucha desde la imposibilidad por un encuentro redentor, por una liberación del peso de la violencia padecida. Expediente de un naufragio en el que el narrador, creador y a la vez protagonista, comparte con todo aquel que quiera escucharlo un *saber* incalculable, la certeza existencial de una vida colmada por las heridas a la que, confiesa, ya tan solo una

muerte no demasiado lejana podrá otorgar salvación y el gozo del perdón. Salvación sí, pero quizás para otros, no para él.

*El buscador de huellas*, es la historia de la búsqueda de un «método» para tender puentes con el pasado que permitan hacer soportable el futuro. Planteado como una lectura talmúdica de la *metafísica de la puerta*, el relato confronta al protagonista con las evidencias de un pasado que se muestra irreductible en su accesibilidad física. Transgredidas las apariencias, se hace patente una verdad que encierra un desbordante haz de significaciones. Las piedras no hacen hablar a ningún lugar, ni tan siquiera aunque ese lugar hubiera sido un campo de exterminio. A lo sumo, pueden servir como marco y decorado para una «celebración del holocausto» como cultura de masas, pero no son pruebas de nada, no son capaces de patentizar el horror. El único método posible, el único estilo válido y la única escritura posible y necesaria, consiste en «alumbrarse a sí mismo ante aquello que veía», hablar él mismo: testimoniar. Testimoniar sobre lo cuestionable de la vida es para la víctima afirmar el triunfo de la existencia sobre los objetos mudos del pasado y es, a su vez, acoger el carácter real y presente de la existencia, su única y esquiva esencia, a pesar del mundo para quien el superviviente es un ser superfluo. Este mundo es el también kafkiano mundo de *Expediente*,

una tierra donde los aduaneros y guardianes de todas las épocas se dan la mano en la agresión infringida y nunca concluida, cuyo *origen* queda desvelado en la propia fuerza intrínseca de su maldad. La puerta puede traspasarse, los muros pueden caer, pero sólo para vivir la apariencia de un viaje que ya transporta un cadáver: «Todo, todo, /todo lo entiendo ya, /todo lo calo. /Oigo el aleteo de tus cuervos...»

*La bandera inglesa*, es un excepcional relato que quiere «dar testimonio de la verdad», de una certeza que brota en el instante del encuentro existencial, por mor y al amparo del *espíritu de la narración*: «yo era Ernó Szép». La comprensión de esta afirmación del escritor húngaro testigo de catástrofes, confiere a Kertész el sentido del aprendizaje más definitivo y de la experiencia más perfecta que encierran la llave de lo que puede ser vivir. ¿Qué es vivir?, ¿para qué se vive? y, sobre todo, ¿quién vive a través de nosotros? Para alguien que creció y ha vivido como un paria bajo el signo de la dictadura, primero en su forma genocida en la experiencia de Auschwitz y después durante los largos años de terror y vacío comunista, no son estas preguntas líricas y gratuitas. El superviviente a la catástrofe, descubre casi de inmediato que el mundo de la mentira, del horror y del asesinato parece estar configurado *sub specie aeternitatis*, y que padecerlo en primera persona es destino obligado de la víctima. La víctima fue un niño judío enviado a la muerte, también un joven periodista represaliado en la Hungría estalinista de posguerra y, durante muchos años, un escritor anónimo, invisible, aislado en medio de una sociedad inmoral. Superviviente de nuevo y siempre, con una vida prorrogada a plazos, valora esta situación moral o amoral, según se mire, como un «problema de estabilidad». Si la moral es estabilidad, las situaciones caracterizadas por la falta de estabilidad para el individuo, han sido creadas para impedir la existencia de una situación basada en la moral. Prepararse para la muerte, afirma Kertész, es una cosa seria, quizá la única cosa seria y por

ello, buscar la estabilidad, la conciencia de una identidad que vivir, posee un vínculo estrecho con la muerte. Uno se hace escritor para poder formular esta experiencia. Traspasada permanentemente por la dialéctica pérdida - ganancia y suscitada por el *espíritu narrador*, «aspira a abarcar toda la experiencia de la vida (o sea, la catástrofe)», ayudando a morir y, sin embargo, dejando «algo» a los supervivientes. Dado que la literatura se ha vuelto más que sospechosa, que la creación sin más está tocada por la duda, la redención de una víctima que escribe para salvarse, sólo puede venir desde el testimonio: «sólo el testimonio es capaz de hacerlo, tal vez una vida vivida mudamente, sin su formulación, pero en tanto que formulación». Transformar el imposible «yo soy», en el «yo era...» es la clave de tal empresa, algo desconocido para el narrador en sus primeros años de supervivencia y que, sin embargo, descubierto en medio de circunstancias que volvían a evidenciar hasta las heces la negatividad, le abre el camino a «un mundo religioso», a una vía de salvación. La lectura de *Sangre de Welsungos*, de Thomas Mann, así como su ensayo sobre Goethe y Tolstoi, desvelan al narrador el sentido de una «estética de la catástrofe», la entrada a un nuevo universo en el que poder substanciar *ethos* y *pathos*, la conciencia secreta y culpable, el mundo de la catástrofe, con la virtud salvífica de la autonegación. Convertida en una experiencia primigenia, radical, esta vivencia capta el sentido y la trascendencia del *origen*, de «lo irremediable», porque entiende cómo formularlo, cómo «todo coincide». El descubrimiento de la tarea, es el inicio de la verdadera historia de la bandera inglesa: el saludo amistoso a la multitud, la aprobación sin reservas, del pasajero de un jeep que lleva a la legación inglesa de vuelta a su país ante la inminente invasión soviética de 1956. Un jeep cubierto por el azul, blanco y rojo de la *Union Jack*.

José Antonio Fernández López  
joselirola@terra.com

**MARINAS, José Miguel (coord.): *Ética del espejo. Investigaciones sobre estilos de vida*. Editorial Síntesis, Madrid, 2005.**

*Ética del espejo* presenta, como indica su subtítulo, una serie de «investigaciones sobre estilos de vida» cuya coherencia e hilazón no se dejan ver en una primera mirada al índice pero que, sin embargo, en la lectura cada capítulo ilumina a los otros, llama a seguir con los otros, pues la diversidad de temas no implica en este caso disparidad, y en general sus capítulos son de una lectura sumamente grata, tanto porque la profundidad de pensamiento y la ligereza de estilo no están reñidas, como porque algunas de las realidades personales y sociales a las que nos acercan resultan fascinantes.

Es fascinante, por ejemplo, la vida de Vilém Flusser, al menos tal como nos la cuenta Pablo Marinas en *Bodenlosigkeit/Desfondamiento. Una semblanza de Vilém Flusser*. El trabajo de este «escritor filosófico» también lo es (un pionero, por lo visto, y teórico imprescindible, en el análisis de las transformaciones que introducen en la vida social los avances técnicos en el ámbito de la comunicación), pero los avatares vitales de este personaje que tiene que huir de su Praga natal cuando llegan los nazis; que, entre otros lugares, vive 30 años en Brasil y que se va de ahí cuando más célebre es, despiertan gran curiosidad por leer, por ejemplo —y una a la luz de la otra—, su *Filosofía del diseño* y su propuesta *Para una fenomenología del subdesarrollo*.

Es inquietantemente fascinante lo que nos cuenta Javier Moscoso sobre el papel del desollamiento y la disección en la historia de la biología y de la medicina, en particular en la eclosión de la anatomía humana durante el Renacimiento. Son sumamente interesantes sus reflexiones sobre los vínculos entre arte, ciencia e instituciones judiciales, pues los sujetos diseccionados solían ser, como se sabe, criminales, y son tan bellas como generadoras de turbación las imágenes que acompañan su texto, titulado

*El dolor y la mirada en la cultura del Renacimiento*.

Son, asimismo, fascinantes las paradojas que Ana Martínez nos cuenta que surgen cuando una disciplina que inevitablemente hemos de considerar *artística* —como es la creación de documentales— se impone, por principios epistemológicos, las normas de una disciplina social como la antropología. Surgen muchas preguntas sobre el *deber ser ético* del científico social. Por ejemplo: ¿Qué derechos de veto tiene una persona sobre una obra que no la ofende ni, digamos, la traiciona, pero en la que no se gusta, cuando ha autorizado que se la filme y que, en cierto modo, se haga de ella un personaje (puesto que su actuar y su decir pasan a formar parte de una obra de creación)? ¿El «artista»/«científico social» puede —y debe— hacer obras en las que sus «modelos»/«informantes» necesariamente se gusten?

Escribe Ana Martínez que «no podemos pedir a alguien que pase a la posteridad del modo en el que no quiere ser recordado». Esto es verdad, pero no deja de ser también problemático, porque sería quizá el único caso —o uno de los pocos casos que existan— en que alguien pueda determinar lo que se recordará de él, o influir en el modo en que sea recordado. Por otro lado, habría que saber si se les ha planteado a los protagonistas que esos documentos en que no se gustan mucho tal vez lleguen a ser el único vestigio de su existencia. Vistos así, ellos, y quizá nosotros, modificaríamos nuestra primera opinión. En cualquier caso, ¿qué decir del recuerdo escrito acerca de la negación a ser recordados visualmente de una determinada manera? La cuestión de la fidelidad y de la infidelidad es hoy un problema también desde este otro punto de vista, y las reflexiones que *Filmar la vida* suscita son, en este sentido, apasionantes.

A algunos lectores parece haberles interesado también la relación de identificación y de desprecio que los mexicanos mantienen hoy en día con ese género musical tan popular como son los *corridos* norteños, tan notoriamente polémicos desde que han hecho del narcotráfico y la corrupción política su asunto principal. El capítulo correspondiente, elaborado por quien firma esta reseña, lleva por título: *Los corridos mexicanos actuales, entre «querer verse como» y «no quererse ver»*.

Así pues, la representación que hacemos de otros, la representación que otros hacen de mí (o de un determinado «nosotros»), la representación que cada cual parece querer hacer de sí mismo, son asuntos naturalmente comunes a varios de los textos que conforman esta *Ética del espejo*, pero hay otros temas transversales menos esperados. Uno de ellos tiene que ver con lo que podríamos denominar «lo germánico», presente en el capítulo, ya mencionado, sobre Vilém Flusser, quien tenía por lenguas maternas el checo y el alemán. También está presente en el artículo de Yolanda García Sánchez «No te harás imagen»: sobre el prejuicio y la identidad en la literatura de Max Frisch, quien, como se sabe, era suizo y también escribía en alemán.

La cultura y la identidad alemanas son nada menos que el tema de «Donde yo estoy está Alemania», *identidad nacional y exilio en Thomas Mann*, de Ana Pérez; «lo germánico» es un asunto que se problematiza en el hermoso capítulo de Ana Ruiz, *Escritura intercultural*, que nos descubre cómo reelaboran literariamente la experiencia migratoria algunos españoles, turcos e italianos que viven o han vivido en Alemania, e incluso estaría subyaciendo en mi capítulo sobre los corridos actuales, aunque sólo sea porque el acordeón, que es el instrumento característico del llamado «conjunto norteño» se toma de unos migrantes alemanes que se establecieron en lo que hoy es Texas.

Precisamente las fronteras y las migraciones son otro tema transversal en este libro. Vanina Noejovich escribe sobre *Las fronteras de la identidad*, Victoriano Camas sobre *Los estilos nómadas*, y Ani Bustamante sobre *El pliegue y los bordes de la subjetividad*. Evidentemente, la migración por motivos políticos (el exilio) es un asunto de los textos que se refieren a Vilém Flusser y Thomas Mann, pero la migración por motivos económicos es un tema que aparece en el capítulo de Ana Ruiz, *Escritura intercultural*, y en el de los corridos, pues algunos de ellos se refieren a la vida de los mexicanos que van a Estados Unidos en busca de un futuro mejor.

Como no podía ser de otra manera, el concepto mismo de estilo se problematiza en esta obra, vinculándolo a la ética en el capítulo de José Miguel Marinas, *Ética del estilo*, o tratado de un modo histórico por Carlos Soldevilla en *El concepto de estilo en las ciencias sociales*, donde se repasa de una forma magistralmente clara y breve lo que por esta noción entendían desde Georg Simmel y Max Weber hasta David Chaney y Anthony Giddens, pasando por Werner Sombart, Thornstein Veblen, Walter Benjamin, Norbert Elias, Bourdieu, Baudrillard, Daniel Miller, Mary Douglas y Baron Isherwood.

Finalmente, en *Ética del espejo* hallamos también una sugestiva propuesta epistemológica y metodológica en *Cruzando categorías: la metrosexualidad desde la teoría del actor red*, que brillante y audazmente elaboran Fernando Calonge y Diego Herranz.

Así pues, varios puntos de mira que descubren riquezas varias de la vida social; formas y normas de relación con los otros, estilos de ver y mirarse... reflejos en el espejo que a veces inquietan y otras veces deslumbran.

María Luisa de la Garza

**MARTÍNEZ, Guillermo: *Los crímenes de Oxford*, Barcelona, Destino, 2004, 213 pp.**

En la época ilustrada, los *philosophes*, en su intento de erradicar la ignorancia y la infamia trataron de acercarse al gran público, a las masas, a través del ensayo —género que ya había cultivado de forma erudita Montaigne—, y la «novela». No es de extrañar que Voltaire produjera un conjunto de narraciones breves de carácter filosófico, que Diderot cultivara el diálogo novelado o que Rousseau creara la novela sentimental. En el siglo XIX, el romanticismo tuvo su principal forma de expresión a través de este género y los movimientos sociales expresaron sus ideas a través de ficciones utópicas tales como *El año 2000* de E. Bellamy, *News from Nowhere* de W. Morris, o *Icaria* de E. Cabet. Y sería la corriente existencialista la que legitimaría el recurso narrativo como forma de acceso a lo inmediato fáctico. Recientemente, los éxitos de novelas que tienen por objeto a la filosofía como *El mundo de Sofía* de Jostein Gaarder, auténtico *best-seller*; *Una investigación filosófica* de Philip Kerr; *Filosofía a mano armada* de Tibor Fischer; *El viaje del profesor Caritat o las desventuras de la razón* de Steven Lukes; *La incógnita Newton* de Catherine Shaw; *La caverna de las ideas* de José Carlos Somoza o *En busca de Klingsor* de Jorge Volpi, por citar algunas, muestran el excelente estado de salud de esta forma literaria.

A todas ellas debe unirse la obra que comentamos, *Los crímenes de Oxford*, del escritor argentino Guillermo Martínez, profesor de Lógica en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, y autor del libro *Borges y las matemáticas* (Buenos Aires, Eudeba). Precisamente en la novela se conjuga esa pasión por el enigma y la paradoja propios de la obra *borgiana*, con la tradición detectivesca inglesa (Conan Doyle, Agatha Christie) y la lógica matemática. Al hilo del argumento van surgiendo, y siempre de forma acertada y oportuna, reflexiones sobre la hermandad de los pitagóricos, la conjetura de Fermat, los dis-

parates lógicos de Lewis Carroll, el intento de desciframiento de los códigos nazis por parte de Turing, los juegos de lenguaje *wittgenstenianos*, el teorema de Gödel, el «experimento de la habitación china» de John Searle, etc

En la novela, el joven protagonista nos sumerge, en primera persona, en un ambiente de la más pura estética victoriana, el que descubre recién llegado de Buenos Aires para disfrutar de una beca que le permitirá estudios sobre Lógica. Trascurren días apacibles en los que disfruta de la belleza de Oxford, de la conversación de los profesores, de su pasión por el tenis, y de alguna que otra aventura amorosa. Pero ese estado se verá turbado tras descubrir el cadáver de la propietaria de la casa donde ha alquilado una habitación, viéndose envuelto en la investigación del crimen, que todo indica es obra de un «asesino en serie». A la investigación criminalística se une un lógico muy destacado en su ámbito, Arthur Seldom, estudioso de las «series lógicas», que se dispone presto a colaborar con la policía, invitando en las pesquisas a nuestro joven becado. De manera que, formando equipo, intentan averiguar el significado del primer mensaje de la serie que contiene un círculo y que este criminal atípico ha dejado como señuelo.

Convierten la investigación en un sistema lógico, con la búsqueda de presupuestos iniciales y reglas de deducción que les permita pasar con «legitimidad» de dichos presupuestos iniciales a los nuevos. En el transcurso de los acontecimientos irán surgiendo personajes potencialmente sospechosos; y la narración se abre constantemente a nuevas e insospechadas consecuencias, ligadas a diferentes hipótesis lógicas y matemáticas. Mientras, en Cambridge —es el año 1993—, se ultiman los preparativos para que Andrew Wiles demuestre la conjetura de Fermat, entrelazándose realidad y ficción y desencadenándose un final sorprendente. Con éste, el autor, al mejor estilo de un gran pres-

tidigitador, viene a corroborar que el Teorema de Gödel, cuyo enunciado es matemático, tiene consecuencias vitales y filosóficas al revelar la pérdida de la certidumbre: «Hay una diferencia entre la verdad y la parte de verdad que puede demostrarse, ése es en realidad un corolario de Tarski sobre el teorema de Gödel –dijo Seldom–. Por supuesto los jueces, los forenses, los arqueólogos sabían esto mucho antes que los matemáticos. Pensemos en cualquier crimen con sólo dos posibles sospechosos. Cualquiera de ellos sabe toda la verdad que interesa: *yo fui o yo no fui*. Pero la justicia no puede acceder directamente a esa verdad, y tiene que recorrer un penoso camino indirecto para reunir pruebas: interrogatorios, coartadas, huellas digitales... Demasiadas veces las evidencias que se encuentran no alcanzan para probar la culpabilidad de uno ni la inocencia del otro. En el fondo, lo que demostró Gödel en 1930 con su teorema de incompletitud es que exactamente lo mismo ocurre en la matemática,... el método axiomático puede ser a veces tan insuficiente como los criterios precarios de aproximación a la justicia...».

Así, desde el talento narrativo, el empleo del lenguaje, el manejo de los silencios de sus personajes y los detalles descriptivos, Guillermo Martínez parece dejar velado el «lamento» por el paraíso perdido de la «estética matemática»; de tener que asumir que siempre queda algo fuera del sistema, en definitiva, del esfuerzo por asimilar el concepto de incompletitud introducido por Gödel.

Sin embargo, es desde esa nueva instancia, cual *Ave Fénix* que renace de sus cenizas, cuando se produce un giro de 180° de ilusio-

nismo, para hacer surgir un canto a la estética de lo «incompleto, lo aleatorio, lo indeterminado, lo fragmentado». Es, entonces, cuando la muerte se revela magia y los asesinatos ficción. La incertidumbre deviene verdad y lo imperceptible demostración. Pero lo demostrado y la verdad no se hallan en el mismo plano, resultarán inconmensurables. Seldom auténtico amante de la deducibilidad y la «estética matemática» no se sentirá vencedor, y habrá de reconocer que la lucha de toda su vida en el estudio de las series lógicas se ha visto truncada. A pesar de que el elemento de azar ha irrumpido a su favor, la pasión ha domeñado a la razón, demostrando que en la pasión, también hay cálculo y manipulación.

Participa *Los Crímenes de Oxford* de la estructura de la novela policíaca anglosajona, entendida como «reto» o «desafío». «Desafío» lanzado por el criminal a la inteligencia del detective... ¡y del lector! Y Guillermo Martínez realiza este ejercicio de forma admirable. Hay algo más que lo acerca a aquellas novelas, y es ese toque inglés, siempre elegante, amable y distinguido,

Sin embargo, y tras encuadrarlo en esa tradición de novela detectivesca, no podemos olvidar su herencia argentina, la huella (o la sombra) de Borges: de ese universo abierto a infinitas posibilidades, pero de la misma manera, inacabado, desolado y fatalista; imaginado o soñado por una mente (¿Dios, el hombre, un detective?), o tal vez, reflejado en un espejo, o contenido en las rayas de un tigre, en fin, abocado al misterio.

*Purificación Mármol Rodríguez*

**RIVERA, Juan Antonio: *Menos utopía y más libertad*, Barcelona, Tusquets, 2005, 418 p.**

*Menos utopía y más libertad* es un título muy acertado y revelador, para esta obra de Juan Antonio Rivera en la que desarrolla su concepción del liberalismo fraternalista, el cual recoge la importancia de las libertades del individuo y de la solidaridad con los desfavorecidos, frente a las políticas utopistas, del lado de los fines colectivos. En este estudio, encontramos un interesante análisis de las diferentes teorías políticas que van desde el idealismo platónico hasta los totalitarismos, haciendo escala en el multiculturalismo, el nacionalismo o el anarquismo. Rivera trata de mostrar cómo todas estas teorías incurren en la utopía, en tanto que se basan en fines colectivos y en el deseo de instaurar un mundo mejor para todos —utopía—, sin considerar los bienes individuales.

En la primera parte, «*La teoría política con espesantes y antiglutinantes: el liberalismo igualitario y fraternalista*», Rivera desarrolla los aspectos fundamentales que constituyen el liberalismo por el que aboga. Las libertades individuales son el centro de toda su reflexión. Para Rivera no hay colectividades, no existen las naciones, solo cabe atender al individuo, el cual es inviolable. En consonancia con esta idea, el autor introduce el sello de Rawls en cuanto a su rechazo del utilitarismo, precisamente por ser una corriente que promueve el sacrificio de los bienes individuales por los fines colectivos.

El segundo polo del liberalismo de Rivera, la fraternidad, entronca de nuevo con el pensamiento rawlsiano, en concreto con su concepto de sociedad como empresa de cooperación. La fraternidad es entendida como la preocupación por los otros, la solidaridad con los menos favorecidos, de tal modo que, se incluyen en una sociedad abierta elementos propios de la moral cálida. Reconoce el autor la importancia del Estado en una sociedad liberal abierta en la que éste asume dos tareas, a saber: protectora, en cuanto al mantenimiento

de la paz; y productora, en tanto que produce y distribuye los bienes primarios. El mercado por otra parte, distribuye los bienes privados y coordina lo que —en términos rawlsianos—, conocemos por *activo común*, esto es, la división del conocimiento y del trabajo. En esta concepción liberal, se requiere de la justicia distributiva —social—, propuesta por el ya socorrido Rawls, como medio de equilibrar lo que Rivera denomina *motivación mixta* —competencia y coordinación de los ciudadanos regulado a través de los principios de justicia—. Haciéndose eco del autor de *Teoría de la justicia*, Rivera destaca la relevancia de la cooperación en la sociedad para eliminar las diferencias ocasionadas por el azar —aún así, reconoce este autor que es imposible compensar algunas diferencias, como las referentes a enfermedades hereditarias—. Debido al peso de las diferencias ocasionadas por el azar natural y eventual, considera el autor que la fraternidad es algo que debe ser perseguido por toda la sociedad, para lograr garantizar los bienes primarios a todos los ciudadanos.

En la segunda parte del libro, «*Una teoría política con sólo aditivos*», desarrolla la teoría política platónica —diseñada por un arquitecto y orientada a fines comunes, tocando incluso la eugenesia social—, en contraposición a la sociedad política popperiana —basada en los reajustes que efectúa el «político remendón» a favor de los derechos y libertades individuales—.

En la tercera parte, «*Teorías políticas con otros aditivos*», J. A. Rivera hace un repaso por políticas que, favoreciendo los fines colectivos de uno u otro modo, incurren en utopía. El multiculturalismo, —cuyo punto básico es el reconocimiento de grupos minoritarios y la defensa de derechos diferenciados—, favorece el comunitarismo que limita la libertad individual. Sin embargo el cosmopolitismo, afirma Rivera, aunque también defiende la diversidad

cultural, lo hace en interés de la universalidad, por lo que no queda cerrada a determinadas comunidades. El nacionalismo por su parte, es el intento de proteger la cultura con la intención de transmitirla a las generaciones futuras del modo más puro posible —cuestión que el propio autor cuestiona—. Rivera considera que el nacionalismo desemboca en totalitarismo en la medida en que anula las libertades del individuo a favor del bien de la nación. Y es que el proteccionismo cultural de los nacionalistas y multiculturalistas —afirma Rivera—, es antiliberal, puesto que supone una instrumentalización del individuo como medio al servicio de la cultura.

«*Teorías antipolíticas: los anarquismos*», constituye la cuarta parte de este libro dedicada como indica a los anarquismos, y en concreto, al anarcocomunitarismo de M. Taylor y al anarcocapitalismo de M. Rothbard. Ambos pueden ser considerados como teóricos de concepciones políticas utópicas, en la medida en que es imposible establecer el orden social a través del mercado o de la comunidad exclusivamente, sin la intervención de algún tipo de fuerza política.

La quinta y última parte de este libro, «*Conclusiones subrayadas*», está dedicada a resaltar la importancia de la libertad, ante el actual reclamo de la igualdad. A pesar de esta defensa de la libertad por encima de la igualdad, y a

pesar de recoger muchos aspectos de la teoría de Rawls, Rivera se desmarca de ésta en cuanto a la aceptación del orden lexicográfico de los principios de la justicia. J. A. Rivera, —a diferencia de Rawls—, está en condiciones de aceptar la reducción de la igualdad de la libertad (primer principio de la justicia) a favor de un aumento en la igualdad de oportunidades (principio de diferencia).

A través de numerosas referencias a la política actual, J. A. Rivera subraya la imperiosa necesidad de defender las libertades del individuo frente a cualquier colectividad, así como la relevancia de la fraternidad como elemento «cálido» en una sociedad «fría».

Después de todo, Rivera reconoce que en el liberalismo fraternalista también existen utopías manifiestas en la perseguida universalidad de las normas o en la validez y garantía internacional de los derechos humanos, pero que con diferencia son más posibles de alcanzar.

La utopía está presente, pues, en las concepciones políticas que buscan su realización en los fines colectivos. No existe un mundo ideal mejor para todos —dirá Rivera—, en tanto que cada individuo tiene su propia concepción de mundo ideal distinta.

Yolanda Murcia Cárceles

